



“Los animales montaraces”

p. 15-28

Miguel del Barco

*Historia natural y crónica de la Antigua California.
Adiciones y correcciones a la Noticia de Miguel Venegas*

Miguel León-Portilla (edición, estudio preliminar, notas y apéndices)

Tercera edición corregida

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2019

CXVI + 584 p.

Figuras y mapa

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias / 3)

ISBN 978-607-30-1674-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 20 de mayo de 2020

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/141b/historianatural.html>

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LOS ANIMALES MONTARACES

“Hállanse en la California todas las especies de animales domésticos que sirven al uso común en España y en México; pues aunque no los encontraron en ella los misioneros, los transportaron después de la costa de Nueva España, y en la California han probado muy bien los caballos, mulas, jumentos, bueyes, toda especie de ganado menor, cabrío, de lana y de cerda, y últimamente perros y gatos. En la California se hallan dos especies de montería, que no se conocen en la antigua ni en la Nueva España. La primera es la que los californios en la lengua *monqui* llaman *tayé*. Éste es un animal de la corpulencia de un ternero de año, muy parecido a él en la figura, la cabeza es semejante a la de los venados, las astas extraordinariamente gruesas, pero parecidas a las del carnero aunque más retorcidas y menos abiertas que las de éste; la pezuña grande, redonda y hendida como la de los bueyes, el pelo como de venado, pero más corto y algo manchado, la cola pequeña, y la carne sabrosa y regalada.”¹ Este animal anda siempre en la sierra, y de él se cuenta que, cuando se ve acosado de los indios cazadores y no tiene otro refugio, se arrima a un precipicio, de donde se despeña, disponiendo su cabeza de suerte que ella sola reciba abajo el golpe en sus gruesas astas. Esto hecho, se levanta y huye, dejando burlados los cazadores que, desde lo alto, le miran sin atreverse ellos a hacer otro tanto. A la verdad las dichas astas son tan fuertes y de tal hechura, que parece que el autor de la naturaleza se las dio para que, del modo ya dicho, se libre de sus perseguidores. Y es de creer que también dio a toda su cabeza un temple tal que no se aturda de resultas de un

¹ Corresponde esta descripción a los que se conocen como “borregos salvajes” (*Ovis cervina cremnobates*), semejantes a los que asimismo viven en las montañas Rocallosas de los Estados Unidos. A pesar de lo que en seguida nota Del Barco respecto de su habilidad para escapar de los que quieren hacerlos su presa, de hecho, la caza con armas de fuego ha provocado su rápida disminución. Tan sólo una eficaz vigilancia en el cumplimiento de las leyes vigentes en materia de cacería podrá evitar su extinción en la península de California.

golpe tan fuerte. La segunda especie es de un animal que se distingue en poco a la cabra. De esta especie hay dos colores, blancos y negros, y andan en manadas por los montes. Los cochimíes llaman a este animal *ammo-gokio*.²

También se encuentran venados que no dejan de abundar, aunque los indios matan muchos en sus cacerías. Y lo mismo se entienda dicho de las liebres. Hay también conejos, que abundan principalmente hacia las últimas misiones del norte. Es grande la abundancia que hay de coyotes, nombre tomado de la lengua mexicana con que “en Nueva España apellidan cierta especie de perros monteses, que pueden equivaler, de algún modo, a las zorras y vulpejas de España; pues en los coyotes se hallan las mismas astucias y habilidades que se cuentan en las zorras, aunque no son parecidos a ellas en su figura”. Son tan atrevidos que de noche llegan a los pueblos, andan entre las casas y se llevan las gallinas que no están bien resguardadas. También se llevan los cabritos si el corral de las cabras no está bien hecho. Y aun a veces matan a los potrillos recién nacidos y se los comen. Ladran como los perros no grandes; y si son dos o tres los que ladran, hacen tal ruido que parecen ser media docena. Hay también zorras de la misma figura que las de España aunque más pequeñas.

Los zorrillos se hallan con frecuencia en algunos parajes. Éste es un animalito bastante peludo, lleno de listas blancas y negras en el lomo y costados. Muchos, en lugar de las listas negras, las tienen pardas. Son muy hermosos a la vista, especialmente los primeros. Los de Nueva España son algo mayores que los de la California; porque éstos sólo tienen como un palmo de largo, sin contar lo cola, que es larga y poblada de pelos muy espesos y largos, mezclados blancos y negros o pardos, según es el color del zorrillo. Cuando se asustan, o tienen miedo, levantan derechamente en lo alto la cola, cuyos largos pelos, saliendo en su principio juntos, se esparcen en lo más alto vistosamente hacia todos lados, formando la figura de

² Es éste el llamado “berrendo” (*Antilocapra americana*) que, según Peter Gerhard y Howard F. Gulick, se encuentra hasta ahora en el desierto de Vizcaíno y al noroeste de San Felipe, sobre todo en las llanuras abiertas. Véase Peter Gerhard y Howard F. Gulick, *Lower California Guidebook*, 4a. ed., Glendale (California), The Arthur H. Clark Company, 1967, p. 41.

una garzota pero más abierta y extendida en lo alto. En la lengua cochimí se llama *yijú*.

Aunque tienen la cabeza pequeña, por donde ella entra, hacen que entre también todo su cuerpo; de esta suerte fácilmente hallan entrada estos ladroncillos nocturnos en las casas y gallineros, si no hay gran cuidado de cerrar bien por todas partes. No se dejan ver de día, o es caso raro, de noche salen a buscar su alimento. Si hallan entrada en un gallinero, las gallinas, aunque dormidas, presto le sienten y dan a su modo voces de asustadas, pero nada o muy poco se mueven de su puesto; y el zorrillo va matando según su antojo. Las degüella, chupa la sangre y poco come de la carne, dejando lo demás allí. Si halla escondrijo en el mismo gallinero, se queda en él para lograr en las noches siguientes tan buena cena. Come también los huevos cuando no halla gallinas. Su principal arma para defenderse de sus enemigos, y aun para ofenderlos, es un feto intensísimo, que despiden de sí, cuando se ven en los mayores aprietos. Si un zorrillo se ve muy acosado de un perro, cuando éste va ya a echarle sus dientes, despide el zorrillo oportunamente su arma; y es tan fuerte que el perro como aturdido con ese feto infernal, prontamente se retira, sacudiendo el hocico y respirando fuerte en ademán de quien dice: ¡esto no se puede aguantar! No se ven en cualquier tiempo del año, sino sólo en el otoño y principios del invierno. En los demás meses es cosa rara el encontrar alguno.

Cuando se advierte que ha entrado en una pieza, va un indio con su arco y flechas a matarlo. El zorrillo, aunque conozca que andan tras él, no hace otra cosa que esconderse detrás de cualquiera cosa que allí encuentre, como una caja o baúl. Ni despide su arma en cualquiera ocasión de miedo sino que la reserva para el extremo peligroso. Si el indio, al disparar la flecha, le acierta tan bien que al primer golpe le deja muerto de repente, no echa hedor; mas si se siente herido, sin quedar luego muerto, entonces suelta un feto intolerable, como si quisiera vengarse de quien le hirió y deja la pieza inficionada para mucho tiempo. Para evitar este inconveniente se experimentó ser mejor sacarlos vivos, tomados por la cola, lo cual es fácil, porque como el zorrillo la levanta en alto cuando tiene miedo, como antes dije, y se mete detrás de cualquiera cosa para esconderse, se le coge de la cola y se levanta en alto, quedando

con la cabeza abajo sin poder morder. Si prontamente le sacan fuera y llevan algo lejos, y el que le lleva asido de la cola le da una fuerte sacudida contra una piedra, queda muerto sin fetor. Mas si después de cogido, se hace mucho ruido y algazara, como suelen los muchachos cuando han cogido la presa, sucede que el desventurado, con el gran miedo, despide su arma, como delante de mí sucedió algunas veces. Y una de ellas, cerca de la puerta, al sacarle de mi aposento colgado de la cola; lo cual fue bastante para que la madera de la puerta recibiese la impresión tan fuerte que, por muchos días y aun semanas, se percibía al entrar y salir el hedor del zorrillo no obstante que la puerta caía al aire libre.

Comúnmente se cree que este fetor proviene de la orina de este animalito. A mí me parece que no nace sino de un flato que despide, de un aire espesísimo, el cual difundándose y mezclándose con el aire común que respiramos no sólo le comunica su fetor sino que se experimenta que dentro de la circunferencia de algunos pasos, *verbi gratia* seis o más hacia todos lados en distancia de su origen, todo el aire se espesa y se engruesa, de suerte que aun por sólo este título parece que dificulta la respiración y casi se puede palpar. Esto parece ser más natural que provenga de que toda aquella sustancia, que causa el fetor, se esparce y mezcla con el aire común. Y para que así se mezcle, conviene que sea aire densísimo y no la orina. Si de ésta proviniera el fetor, como ella queda en donde cayó y sólo esparce sus efluvios (sean éstos accidentes, o sean partículas sutilísimas de sustancia),³ causarían sí el fetor aunque muy intenso, pero no el efecto de espesar el aire tan sensiblemente como se experimenta.

Hágome cargo, de que cualquier fetor intenso causa el efecto de hacer algo difícil la respiración, principalmente en los que son de olfato delicado. Mas esto comúnmente no proviene de que el aire esté sensiblemente más denso, sino de que a cualquiera repugna el meter dentro de sí un aire corrupto e inficionado. Mas en el caso presente no sólo por este motivo se hace más difícil la respiración sino también, y principalmente, porque el aire se espesa sensiblemente.

³ Como habremos de verlo a lo largo de los escritos de Del Barco, acude éste con frecuencia a términos y a formas de argumentar propias de la filosofía escolástica, que había estudiado en la Universidad de Salamanca. Así, en este caso, se vale de los conceptos de accidente y substancia.



Dos dibujos del padre Ignacio Tirsch acerca de la fauna y la flora de Baja California: arriba, “carnero cimarrón” (borrego salvaje) y “leopardo” (puma); abajo, representación de diversos vegetales propios de la península



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Por eso dije que aun por sólo este título dificulta la respiración. Dije también que, a pocos pasos de su origen, se experimenta este efecto; porque en mayor distancia, aunque se percibe el feto muy intenso, no se embaraza la respiración; así como cerca de su principio, siendo natural que las partículas del flato, cuanto es mayor la circunferencia en que se esparcen, tanto menos aptas son para espesar sensiblemente el aire, como es claro.

Demás de esto, si fuera el feto causado de la orina, algunas gotas de ésta cayeran en tierra cuando aquél comienza a sentirse, pero aunque muchas veces he estado presente en tales ocasiones, nunca he visto señal alguna de este flúido. Ni se diga que por ser en muy poca cantidad se queda enredado en el pelo sin llegar a tierra; porque es increíble que un animalito que se alimenta de cosas húmedas, y bebe agua no poca, no eche la orina en cantidad regular, proporcionada a su cuerpo. Fuera de chupar la sangre de las gallinas, y de comer algo de su carne y también huevos, como queda dicho, he visto a uno comer un ciempiés en mi aposento, que acababa yo de matar poco antes y había quedado allí en el suelo, por ser tarde y no haber quién lo sacara hasta la mañana siguiente. Entró el zorrillo y, hallando el ciempiés, lo comió todo, de que infiero que comen también otros semejantes insectos. En diversas ocasiones he visto a otros también en mi aposento beber agua, que estaba en una pequeña vasija, puesta para otro fin en el suelo y bebieron más que medianamente. Según el ruido que hacen cuando beben, su modo de beber es como el de los gatos. De todo esto se infiere que su orina no puede ser tan escasa, que no lleguen algunas gotas al suelo; pero éstas ni yo las he visto ni tampoco los que estaban conmigo.

En una ocasión despidió un zorrillo su arma junto a cierta vasija de metal de China, y ésta por el lado en que recibió la impresión la conservó tan tenazmente que, después de muchos días, la mano que tocaba aquella vasija quedaba infeccionada del mismo feto. Hícele fregar y frotar despacio para que le perdiera; y trayéndomela después, advertí que, aunque ya menos que antes, aún se percibía el hedor. Volvieron a repetir la operación fuerte, hasta que en fin le perdió. En este caso, como en el de la puerta de que hablé arriba, si el feto proviniera de la orina, era necesario que éste la despidiera

con el ímpetu con que una pequeña jeringa arroja el licor que contiene; de otra suerte no pudiera herir el cuerpo que tiene al lado, no más bajo, sino al igual, o acaso algo más alto que el mismo agente, como estaban los dos de que hablo. Y si esto fuera así, debía ser en tal cantidad que a una ojeada, no pudiera escaparse a la vista; pero ésta nunca lo ha descubierto; y así concluyo que no la orina sino un flato causa el fetor del zorrillo.

Hay también muchos *leopardos*, que son los que en el reino de México vulgarmente llaman *leones*, y los californios en lengua cochimí, llaman *chimbiká*, que significa *gato montés grande*.⁴

Hace mucho daño en los ganados, principalmente en las crías de las yeguas, que matan muchas; y aunque sean y aun de un año y aun de año y medio, no están libres de sus terribles uñas; y aun se atreven tal vez, aunque rara, a asaltar y rasguñar a yeguas y caballos grandes. Por esto principalmente las misiones, por lo común, no logran el producto de las yeguas sino aquellos caballos y bestias mulares que necesitan para los menesteres de la misma misión; cuando, si no fuera por esto, pudieran también vender al presidio cuantos ha menester para los soldados, sin necesitar de traerlos, en los barcos, de la costa de Yaqui y Mayo, como los han traído siempre. Y aun de éstos alguna vez han comprado las misiones, teniendo no pocas yeguas. Tan corto es su producto.

Estos leones o leopardos acometen también a la gente, sobre que se cuentan varios casos; pero sólo haremos aquí mención de dos, que sucedieron estos últimos años para que se sepa la osadía de estos feroces animales. Un indio de la misión de San José Comondú caminaba solo y le saltó un león. El indio llevaba un cuchillo belduque,⁵ y con él se defendía y hería a su enemigo, que no por eso le soltó sino que prosiguió a rasgarle las carnes con sus uñas. En fin el hombre quedó muerto, y el león se retiró mal herido. Súpose después, por cierta casualidad, que un hombre estaba muerto en el campo, ya muy hinchado y desfigurado. Fueron allá muchos indios; hallaron al muerto y por conjetura conocieron quién era.

⁴ A propósito de los gatos monteses incluye Del Barco la siguiente nota: “[...] ni son propiamente leopardos, aunque los llaman así muchos en aquellas tierras, sino animales de su particular especie.”

⁵ Cuchillo belduque: uno grande y de hoja puntiaguda.

Vieron el belduque ensangrentado, y por el rastro y huella del león y del hombre que dejaron señalado en la tierra se conoció que allí habían peleado y revolcándose mutuamente. Siguieron el rastro del león, que en su retirada iba echando sangre, prevenidos para matarlo; mas no fue menester porque, después de gran trecho, le hallaron ya muerto de las heridas. Sucedió esto por los años de 1760.

Cuando esta fiera ha muerto alguna caza, sea venado o potrilla, chupa luego la sangre y come la carne que quiere, principalmente del cuello (que es por donde tira a degollar la presa); lo restante lo arrastra algún trecho y lo cubre con ramas o con lo que halla como ocultándolo para volver al día siguiente a comer, si no tuviera nueva caza; porque si la tiene, no vuelve más a la primera. Las áureas, con su delicadísimo olfato, perciben luego que hay cosa muerta, y presto se juntan muchas, que vuelan altas dando giros sobre el sitio donde está el cadáver que pretenden devorar. Los indios suelen valerse de esta señal para acudir a buscar el venado muerto por algún león, de cuya carne se aprovechan. Pero este animal en varias ocasiones ha dado muestras lastimosas de su resentimiento, como en el caso de que acabamos de hablar; porque el día antes de la pelea, y cerca del mismo sitio, el indio dicho, pasando allí de camino a la misión, había descubierto la caza del león, que era un venado, y se llevó la carne, según él contó aquella noche a sus parientes. El león parece que el día siguiente volvió a buscar lo que había reservado y, no hallándolo, se embraveció tanto que, encontrando al hombre que volvía de retorno a su casa, le acometió y le mató, como dijimos.

El año de 1765, caminando tres soldados, por orden de su capitán al sur, poco antes de llegar a este territorio, y cerca del paraje en que debían pasar la noche, vieron huellas de león en la tierra. Uno de los tres soldados, por el recelo de que le acometiese la fiera estando dormido y le degollase, se envolvió la cabeza y cuello con su capa no obstante que era el tiempo del mayor calor. A este mismo soldado asaltó el león aquella noche, estando todos durmiendo y le hirió aunque estaba cubierto con la capa de paño fuerte, y si la memoria no me engaña, doblada por lo menos una vez. Despertando luego el soldado, sin descubrir la cabeza, echó las manos y cogió al león por uno de sus pies o manos, dando voces a sus compañeros que acudieran a matarle. Ellos, por la oscuridad, no pudieron tan

presto distinguir los bultos del compañero y del bruto que estaba sobre él, pero en fin arrimándose con los cuchillos de cinta en las manos, le mataron con muchas puñaladas que le dieron; mas el soldado quedó mal herido. Trataron luego de caminar y darse prisa a llegar a la misión más cercana, que aún distaba dos largos días de camino, a donde llegó muy hinchado. Y, aunque después mejoró por algún tiempo, al fin murió por mal curadas las heridas.

No obstante que este animal es tan atrevido tiene gran miedo del ladrido del perro; y si los que persiguen a un león llevan consigo uno o dos de estos animales domésticos, oyéndole ladrar cerca, luego se sube el león al primer árbol que encuentra. Y con esto da lugar a que le tiren flechas o balazos y le maten, mientras está mirando al perro que ladra al pie del árbol y le arrebatada toda su atención. Se han visto también algunas onzas, aunque muy pocas, cuya figura y color son casi como los del león o leopardo, pero es más delgada de vientre, aunque el pecho es por lo menos igualmente robusto que el del leopardo. Mas porque otros dicen que la onza es manchada como el tigre, si esto es así, el animal de que hablamos no será onza sino otra especie cuyo nombre ignoramos. En el territorio de la misión de San Ignacio mataron los indios ya cristianos, un lobo, y aseguraron que jamás habían visto semejante animal; lo que prueba que son pocos, ya que andan los indios continuamente en los montes. Lo cierto que es que en lo restante de la California cristiana, desde la citada misión de San Ignacio (que está cerca de los 28 grados de latitud), hasta el Cabo de San Lucas, no hay memoria de haberse visto lobo alguno. Mas por la parte del norte mataron, pocos años ha, otro lobo o loba cerca de la misión de San Borja.

Frecuentemente se hallan gatos monteses y también tejones, que hacen mucho daño en la caña dulce, en las uvas y otros frutos. La carne del tejón es de mucha grosura, y no la comen los indios porque dicen que es carne de gente, teniendo al tejón o por gente o por cosa que tiene algún parentesco o por lo menos gran semejanza con la gente. Acaso se imaginaron esto porque las plantas de los pies de este animal son muy semejantes a las de un niño como de cuatro años; de suerte que la huella que dejan, cuando caminan sobre la tierra blanda o polvo, no parece sino de un niño que dejó bien estampada su pequeña planta, con perfecta distinción proporcionada

de todos los dedos y de todo lo demás. Yo habiendo visto este rastro varias veces, nunca dudé que era un niño; hasta que después me dijeron que no era sino de tejón, y de hecho teniendo ocasión de ver uno que un perro acababa de matar, observé que sus plantas eran como dejo dicho; aunque si la memoria no yerra, me parece que el talón era más angosto que lo que corresponde a un niño de la edad dicha; y éste será el distintivo de las huellas. Los cochimíes llaman al tejón *kayijit*, nombre que también dieron al puerco cuando al principio de la conquista los pasaron del Yaqui a la California, quizá porque en la grosura se parecen algo entre sí la carne de uno y otro animal; pues por lo demás no son parecidos. Y así como no quieren comer la carne de tejón, tampoco comen la de puerco. Pero ya los más ladinos y domésticos, a ejemplo de los españoles, la comen de buena gana siempre que tienen ocasión para ello.

El padre Torquemada escribe que en el puerto de Monterrey: se hallaron osos muy grandes, otros animales semejantes a los que se llaman antas; y otros cuya descripción es, la siguiente: dice, que son “tan grandes como novillos y la hechura es como de ciervo, el es pelo como de pelícano, y largo de una cuarta, el cuello y pescuezo largo, en la cabeza unas astas muy grandes como de ciervo, y la cola de una vara de largo y media de ancho, las patas como de buey hendidas”. El mismo padre refiere, que en la bahía de San Bernabé junto al Cabo de San Lucas, “se encontraron tigres, y que los indios entre otras cosas trajeron a los españoles pieles de estos animales”.⁶

Sobre esto debe advertirse que, aunque no podamos asegurar lo que hubo o no hubo en los tiempos más antiguos, es cierto que, después que los jesuitas comenzaron a fundar misiones en la California, nunca se ha visto en ella tigre alguno, ni se ha sabido de ellos.⁷ Y si alguno de los soldados, o de otros, ha tenido allí alguna

⁶ Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana*, Madrid, 1723, t. 1, p. 696. Estas citas, incluidas ya en la *Noticia de la California*, juzgó Del Barco pertinente conservarlas. Véase Miguel Venegas, S. J., *Noticia de la California* (reproducción de la de Madrid, 1757), 3 v., México, Luis Álvarez y Álvarez de la Cadena, 1943.

⁷ Es desde luego correcta esta observación crítica de Del Barco. A modo de explicación de lo afirmado por Torquemada, que siguió en esto los informes del carmelita fray Antonio de la Ascensión, compañero de Sebastián Vizcaíno en su

piel de este animal, se sabe de cierto que fue llevada de la costa de Nueva España.

“Últimamente lo más raro que en esta materia se ha hallado en la California, es una especie de animales semejantes a los castores en cuanto a la suavidad de su pelo. Hallolos el año de 1732 el padre Sigismundo Taraval en su viaje a las islas que llamó Los Dolores, en un paraje a que dio el nombre de San Andrés, distante cuatro jornadas y media de la misión de San Ignacio. Descubriéronse tantos juntos, que mataron los de la comitiva más de veinte, persiguiéndolos solamente con palos; y el padre envió a México algunas pieles.” Éstas son grandes como las de cabra, su pelo muy suave y muy tupido y, según dicen, a propósito para fabricar sombreros. Tiene los pies y manos muy cortos y será preciso que, al andar por tierra arrastren algo por ella su cuerpo estos animales y quizá por eso, aunque son anfibios, no se apartan del mar, en él viven de ordinario y sólo a la arena de su orilla, y más bien a los peñascos, si los hay inmediatos al mar, salen a dormir y tomar el sol. Con esto está dicho que aunque algunos les hayan dado el nombre de castores, no lo son realmente, por lo menos como los de la Canadá, ni tienen como estos la rara cualidad de arquitectos labrando sus casas; porque no tienen otra que el mar.

Otros le dan el nombre de nutrias; mas tampoco lo son, así por su corpulencia como por sus cortísimos pies y su color casi negro; aunque no es perfectamente negro sino que pardea un poco.⁸ Pero si se corta el pelo con tijeras como a la mitad, o algo más abajo, muestra entonces aquel color que suele llamarse *nutrio* parecido al que tienen los gatos de este color. Y por esta parte inferior es el pelo

viaje de 1602, cabe suponer que usó el término “tigre” de un modo impreciso para designar otras especies de felinos, como los gatos monteses o los pumas.

⁸ Llamarlas nutrias era la designación correcta. La nutria (*Enhydra marina*) se hallaba a lo largo de las costas del Pacífico, desde la altura de las islas de Cedros y Guadalupe y, hacia el norte, hasta los estados de Oregon y Washington. Véase Charles M. Scammon, *The Marine Mammals of the Northwestern Coast of North America, together with an Account of the American Whale-fishery* (facsimil de la edición original), Nueva York, Dover Publications Inc., 1968, p. 169. El ya mencionado Edward W. Nelson nota que, hacia 1922, las nutrias habían desaparecido por completo de las costas occidentales de la Baja California. Edward W. Nelson, *Lower California and its Natural Resources*, Washington, National Academy of Sciences, 1922, p. 87.

aún más suave y delicado que por la parte superior. Aliméntanse de ostiones y mariscos estos animales. Los cuales no se hallan en la costa del golfo sino sólo en la del océano, y no en toda ella; porque no los hay desde el Cabo de San Lucas hasta cerca del grado 29 de latitud. Desde aquí en adelante hacia el norte es solamente donde se encuentran, por lo menos en las playas bien reconocidas. Dijimos que no son nutrias, pero debemos advertir que este nombre es el que más ha prevalecido.

Hay también, en una y otra costa de la California, lobos marinos que, así como las nutrias son anfibios, viviendo parte del tiempo en el mar y parte en la playa. Son mayores que las dichas nutrias y su pelo menos suave y más corto. En algunos parajes, y especialmente en algunas islas del golfo, hay una admirada multitud de estos lobos. Cuando una mujer tiene señales de que la amenaza aborto, es gran remedio, para impedirlo, ponerse en la cintura, inmediatamente al cuerpo una faja o cinto, como tres o cuatro dedos de ancho, cortado de la piel del lobo marino.

En algunos territorios abundan mucho las ardillas.⁹ Este es un animalito como de un palmo de largo, y proporcionadamente grueso; el pelo es de color pardo con alguna ligera mezcla de blanco. La cola es larga y más peluda que el cuerpo. Hacen su cueva en la tierra pero debajo de alguna gran piedra, como para tener un techo seguro. Su modo de comer es gracioso como el de las monas. Se sientan y con una o con las dos manos llevan la comida a la boca. Comen toda especie de frutas y de frutos en que hacen no poco daño; principalmente si hallan entrada a la troje donde se guarda el maíz, hurtan mucho. Los que han comido ardilla dicen que es buena carne. Los indios la comen con gusto. Habiendo yo visto en una ocasión que acababan de asar una en un asador de palo (como hacen ya algunas veces los más cultos), y viéndola con color de bien asada, me pareció un buen gazapo; y aunque no llegué a tener ganas de comer aquella ni otra ardilla, perdí en gran parte la aprensión contra tal comida; de suerte que después sin dificultad la hubiera comido en alguna necesidad.

⁹ El propio Del Barco indica en su manuscrito, al pie de página, lo siguiente: "Así las llaman en aquel país, aunque no son propriamente porque las que son tales, son menores, habitan en los árboles y son de otro color."



Demás de éstas hay otra especie de ardillas, mucho más pequeñas, que las ya dichas. Lo grueso de su cuerpo no excede (o será poco) al de un ratón; mas en lo largo es como dos ratones puestos uno tras de otro. El color es como el de la ardilla grande pero tiene en la espalda unas listas casi blancas y otras de un pardo oscuro casi negro; el pelo es corto y más suave y lucio que el de las grandes. Suelen los indios, cuando cogen una de estas pequeñas ardillas, darlas a sus hijuelos desde que son como de un año para que se entretengan manoseándolas; pero tienen la precaución de arrancarles primero los dientes para que no muerdan y atarlas con un cordelillo para que no se vayan. Lo mismo suelen hacer con las lagartijas y con una especie de culebrillas muy pequeñas. Y como se crían los niños manejando tales sabandijas nunca tienen horror, cuando adultos, de manosearlas.

Aún más regalada que la carne de las ardillas es para los indios la de las ratas, que dicen es muy tierna y blanca; y por eso cuando tienen ocasión de matar alguna, no la pierden; mas como ellas poco andan de día, no tienen los indios ocasión de matar muchas, como quisieran. En todas partes, poblados y despoblados, hay grande abundancia de ratones, con las propiedades que tienen en todas partes. Lo particular que se halla en éstos de la California es el tener dos bolsas más abajo de las orejas y cerca de la boca, una en cada lado, y son, de una membrana a modo de vejiga ovalada, del tamaño de un huevo de paloma o quizás más largas.¹⁰ Estas bolsas les sirven como de alforjas para trasladar a sus cuevas o a otras partes lo que hurtan o hallan; porque dichas bolsas tienen comunicación con la boca y, lo que toman con ésta, lo van depositando en aquéllas. Cuando no las necesitan, las tienen recogidas y arrugadas de suerte que no se echan de ver. Algunas veces los muchachos por travesura, cuando han cogido un ratón, después de muerto, le soplan en la boca, y el aire se encamina también a las bolsas, con lo cual se extienden, se hinchan, y se dejan ver como son, haciendo el ratón una figura ridícula con tales y tan grandes pendientes respecto de su pequeño cuerpo. Habiendo visto esto, dejé ya de admirarme de que

¹⁰ *Perognathus* es el género al que pertenecen las varias especies que se hallan de estos ratones en la península. Véase Nelson, *Lower California...*, p. 110-111.



en una sola noche pudiesen hurtar tanto maíz, trigo y otras cosas; pues tienen tan buenas alforjas para cargarlo y, vaciándolas en su cueva, volver por más en varios viajes. Hay también tuzas, que son como el topo, pero con ojos, las cuales de ordinario están bajo la superficie de la tierra comiendo raíces.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS